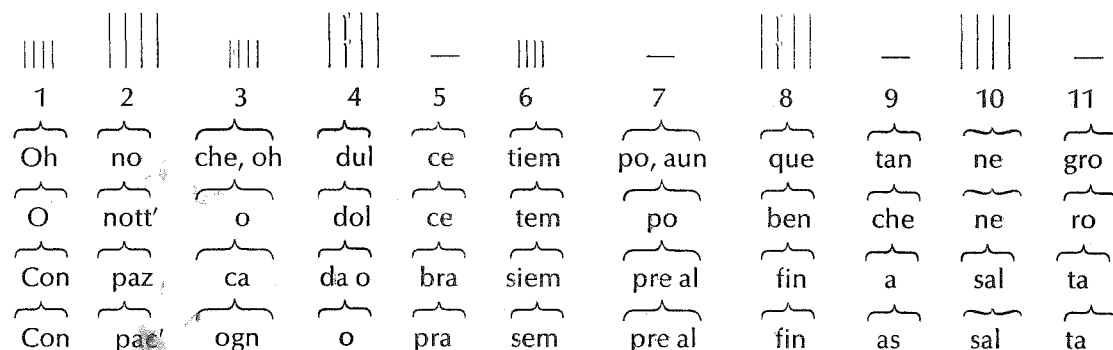
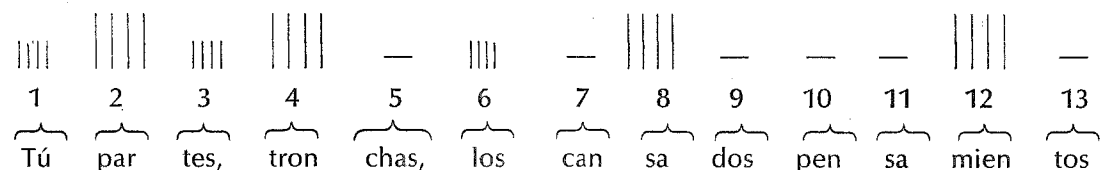


como dodecasílabo, con el período endecasílabo que impera en la estructura de tiempo de este soneto. Por esa razón he preferido la frase de trece sílabas "tú partes, tronchas, los cansados pensamientos", con paridad de acentos (sílabas segunda, cuarta, octava y doceava) y con un período que, aunque

más largo que el endecasílabo, ajusta bien con él en todos sus compases, cae en iguales acentos tres veces, y la cuarta lo desplaza correctamente dos lugares, del décimo al duodécimo. La estructura de los acentos del poema:



etc, con única excepción en el verso primero del segundo cuarteto, se superpone bien con la estructura de acentos de la frase.



Y su alargamiento a trece intervalos no quiebra el ritmo, simplemente abre un compás de espera. Por otra parte es lamentable no tener en castellano un pensamiento más breve, un "pensiero". Incluso los pensamientos parecen escasos, no así el pensar, en nuestro idioma.

La estructura de los acentos de los tercetos (sílabas segunda, sexta y décima para los prosódicos), perfectamente demarcada a partir del bellísimo "O ombra del morir", no la pude respe-

tar en el verso segundo del primero ("ogni miseria", a l'alma, al cor nemica"), pero la solución hallada ("cada miseria al alma, al corazón adversa") de trece sílabas, es buena por cuanto que el acento en "corazón" se desplaza al acento en "adversa" (a lo cual contribuye la consonancia tenue de "miseria" con "adversa"), dando un sonido muy armonioso con todo el resto, sin falla rítmica en la estructura global endecasílabo.

¿sobre o desde la locura?

yolanda gonzález

"¡Oh almas crueles!
quitadme del rostro los inmisericordes velos,
para que pueda desahogar un poco el dolor que el
corazón me impregna antes que el llanto de nuevo
se congele".

De la Divina Comedia.

La locura como ruptura de las relaciones que habitualmente unen a los hombres, señala, alarma, exige algo a lo cual resulta en verdad azaroso responder.

Azaroso porque no hay una respuesta determinada a la cual simplemente acogerse, porque es situación que, como ninguna, no admite aplazamientos, porque en la busca no podemos ocultarnos el riesgo que corremos de perdernos nosotros mismos. Es entonces fácil entender que se reciba con agradecimiento toda formulación que permita desviar y desligarnos así de la urgencia del problema planteado. Variados pueden ser, entonces, los rótulos a los que se acuda para entregar la que no puede dejar de ser una inquietante afrenta. Hoy, como nunca, vienen en nuestro auxilio formas bajo las cuales se resguarda, se nos resguarda de la locura, al paso

que se le da una clara explicación que a todos permite proceder con buena conciencia. Lugares donde se combina, como bien lo ve Foucault, asistencia y represión; clínicas del "sistema nervioso", donde se concibe tratar el más alto, sí, pero a fin de cuentas desahogo físico; mal llamadas casas de reposo, donde se atribuye, como algo tan natural al cuerpo, cansancio al espíritu; manicomios donde se recoge la locura callejera; hospitales psiquiátricos donde el encierro y lo que éste conlleva, se cubre bajo el prestigio de lo médico, donde la violencia está prevista en llamadas salas de "cuidados intensivos", donde se asiste a los enfermos con anónima droga y sin necesidad de rejas o cadenas, tras amplios vidrios de cruel transparencia, reaprenden en atontado grupo el juego de la normalidad mientras quedan despojados hasta de su angustia; donde algún enfermo que, por sentirse allí como de paso, deja su maleta encima de la cama, lista, porque en cualquier momento llegarán finalmente a buscarlo, y con ello no logra más que hacer gala de su falta de reconocimiento de la realidad, su falta de aceptación de las normas, su aún no clara ubicación en tiempo y espacio, en fin que su actitud no será más

que material, que se procesará con todos aquellos rutinarios criterios con que se sabe allí medir la normalidad, aniquilando así un último movimiento, quizá ilusorio, por conservar un lazo con el afuera, por afirmar una legítima pertenencia a él. Todo podrá resolverse dando punto a un cocktail de píldoras que dé paso a ir ambulante, llevando consigo el handicap prolongación del encierro. En todo esto puede palpase cómo se cumple la afirmación de un saber sobre la locura que, a fuerza de conocerla, la olvida: no puede ya detenerse a escucharla.

Pero, nada nuevo logramos indignándonos con lo que, sin remedio, es por todos sabido.

Foucault, con su trabajo, quiere llamar la atención sobre el hecho de confinar la locura a ser enfermedad mental, es el punto importante por pensar, los "tratamientos" que así recibe no son más que sus consecuencias. Nos invita, entonces, a hacer la prueba de abordar la locura con mirada ingenua, capaz de interrogarse, como si fuera por primera vez, ¿qué es la locura?, omitiendo una visión clasificadora; a explorar una dimensión común a todo hombre, es decir que afrontemos el pensarla: advirtamos, para comenzar, que no es confinable; nos pide que nos coloquemos de nuevo ante la locura como a la inquietante afrenta que es, sin optar por el "gesto separador", que oigamos de nuevo la alarma, la exigencia a la que nos aboca, que olvidemos el límite trazado y no pretendamos mirarla desde una supuesta cordura.

La locura, pues, aquello frente a lo cual de nada vale un razonamiento justo, porque lo incierto allí comanda, cobra sus propios derechos, tiene sus propias vías de afirmación. Es una dimensión en la que el miedo no proviene de un peligro externo real, tampoco fácilmente visible, miedo que no halla un cómo asirse a la mano que, en ascuas, se ofrece sin lugar a dudas tendida; miedo entonces que sería infructuoso tratar de disipar con buenas razones —no temas, nada está sucediendo, ¿es que acaso no puedes verlo?—; en la que la contradicción es posible, no es suprimible rechazándola con el despectivo gesto, firme y simple, que demanda el rigor de la razón, porque el quiero y a la vez rechazo conviven, el odio y amo coexisten cobrando la misma fuerza, poderlo todo y nada se anudan en incomprensible parálisis; en la que la angustia cobra proporciones que desbordan a aquél que la sufre, lanzado así como a un no escogido, interminable y solitario viaje sin rumbo; en la que el desbordamiento (pasión loca, risa loca, palabra desatinada, actuar

desaforado) no es un grado más de afecto, risa, palabra o actuar, que hubiera que remitir simplemente a términos razonables, porque son otras formas de expresión irreductible a lo medido; en la que irrumpe una lectura del mundo donde pululan significaciones hasta el agobio, para las cuales o no se tienen ya palabras o no es posible ajustarse a ellas o éstas resbalan o resultan insuficientes, como sea, se entra entonces en un desesperado esfuerzo por hallar formas de comunicar; en la que lo imaginado presenta contornos no menos dignos de crédito que lo real; en la que jerarquías de todo orden pierden su estricta firmeza; en la que la culpa —que si ya habitualmente ningún argumento, por brillante que sea, logra hacerla desaparecer como sentimiento vacío— aquí parece cernirse sin enmienda ya posible de alcanzar, llegando a no poderse percibir más que el propio sufrimiento; en la que morir de tristeza o angustia pueden llegar a ser algo más que un decir; en la que toda seguridad afincada en el mundo, en los otros, en sí mismo, hasta en el propio cuerpo, se desvanece. Pero todas estas expresiones son las que se dan inevitablemente en el gesto de separación.

Sin embargo, hay una mezcla de oscuro conocimiento de todo esto y torpeza en la actitud que pretende separar la locura y responde a ese miedo, atemorizando; a esa palabra, callándola; a ese desbordamiento, haciendo un comedido llamado a las buenas maneras; a esa angustia, aislando; llamando a su libertad, desorden; a su parálisis, incapacidad o simple pereza; todo ese conjunto de insensateces que a esa dimensión atemporal pretende delimitarla a un espacio, creyendo así poder controlar, suprimir y finalmente olvidar, negando esa fuerza a la que no es fácil resistir. Negación que, sin embargo, tiene también costos. Costos que no se ahorran aún pretendiendo que el otro finge, miente, está en un error.

Confinar la locura a ser enfermedad mental, es convertirla en algo accidental. Situada en otro, al que hay que poner en razón, se olvida, con un "poderoso olvido", como elemento que es constitutivo del hombre, suprimiendo ese más amplio y delicioso mundo de la insensatez, el que con tanto desenfado describe Erasmo; supresión que como costo tiene, a su parecer, alejarse de la vida misma, lo que nos permite entender que para él, en conclusión, nada más insensato que pretender suprimir la insensatez. La cruda lucidez sólo puede conducir al autodesprecio y al continuo y tenso rechazo de todo

lazo vital, cuya vitalidad, precisamente, sólo se encuentra en una nada deleznable dosis de insensatez; a una incapacidad de vivir que se afirma vanamente en un hirsuto desapego a todo lo que, carente de rigor, es, no obstante, fuente de vida; en una palabra, a un extrañamiento de todo aquello que como pan cotidiano hace vivible la vida, lucidez que, de tanto aplicarse a la prudencia del ocio griego, olvida cómo diablos vivir. Hace falta el toque de embriaguez al que nos convida Baudelaire: "¡Embriagaos!, de poesía, de vino o de virtud, pero ¡embriagaos!".

"Creedme: de la misma suerte que no hay nada más necio que la sabiduría inoportuna, nada hay tampoco más imprudente que la prudencia mal entendida, porque no entiende el asunto el que pretende que la comedia deje de ser comedia, y no sabe acomodarse al tiempo y a las circunstancias o, al menos, no quiere acordarse de aquella regla de los banquetes que dice: O bebe o lárgate". (Elogio de la locura, XXIX).

La insensatez fertiliza nuevas ideas, aporta a la razón, la que, no lo olvidemos, por rigurosa que sea, no deja ella misma de ser invención, parte de la ilusión humana. No la reduzcamos a mantenerse en el cuidado afanoso dentro de los cuales la verdad es toda suya; no demos demasiada fe a su papel de código censor que tan mal le sienta, soberbia posición como si ya todo estuviera dicho, y sólo pudiera ser dicho en y por ella. Ni la verdad está toda atrapada en formas que la garantizan, ni la ilusión es sólo desvarío o mentira que merezca la penitencia del confesionario. No creamos a los filósofos de Erasmo "que dicen ser los únicos que saben; el resto de los mortales son hombres que revolotean".

Reconozcamos a la razón en lo que es: verdad fragmentaria del hombre y el mundo, hombre y mundo que no cesan de exigir que su verdad sea desentrañada, verdad que habla en más de un lenguaje; hombre y mundo que mal podrían conocerse desde la barrera, porque mientras tanto somos hombres, mientras tanto en ese mundo vivimos.

Además, como lo dice la misma Insensatez: "No necesito deciros que no hay ninguna magna empresa sin mi estímulo, ni artes o ciencias que yo no haya inventado".

Imposible ignorar la locura como ese extravío al que nada humano, ni aún aquél que pretenda co-

locarse a la prudente distancia de simple observador, escapa.

En ese mundo ilusorio es donde se gestan el amor, el deseo de "explicar lo inexplicable", las formas de entrega al mundo, entre ellas el arte; todo lo que no podríamos entregar sin sentirnos despojados de los dones que como hombres vivos nos pertenecen: el verse ya pastor llamándose Quijotiz. Mundo ilusorio de cuyo desengaño no se sigue sino la muerte; el que una vez esfumado de su cabeza significó que Don Quijote "entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron entregó su espíritu... quiero decir que se murió".

Frente a la separación que ha sufrido la locura, no es suficiente para aquietar la conciencia, situarnos como conmovidos espectadores del drástico gesto ya institucionalizado.

Foucault quiere alcanzar el inalcanzable origen de ese gesto, pero, no olvidemos, ese gesto se renueva, frente a nosotros, en nosotros mismos. No estamos en situación de escoger, por fuera de ese gesto.

Al pedirnos Foucault que abordemos la locura "sin dejarse nunca guiar por lo que de ella podamos saber" (aquí saber es claro sinónimo de prejuzgar), tal vez nos pide con ello que no pongamos en olvido lo que de ella tengamos como experiencia. No podemos escoger, pero quizá sí sea posible no caer en "el poderoso olvido".

No se trata pues de escogencia —o razón o sinrazón—, se trata del debate continuo —visible o no— entre fuerzas siempre comunicadas, que contemporizan. La locura no está más alejada de nosotros porque la consideremos amenaza externa que a toda costa debe evitarse; es el riesgo que quizá conlleva toda razón. Menos aún creamos que puede haber un pedestal desde el cual poder tachar con desprecio a otro de loco, inútil palabra sería, como lanzada a un espejo.

En este punto creo que hay que hacer suficiente justicia al psicoanálisis muy más allá de lo que en su nombre se practique. Si hacer remover los cimientos en que se levanta la sólida separación razón-locura, para dar rienda suelta a "la libertad de la locura", es darle la palabra al loco, el psicoanálisis es esencialmente esa "inclinación" peculiar de quien "aguza el oído" para escucharla. Es una experiencia de la locura en la que se requiere un doble coraje, coraje para hablar, coraje para escuchar.

Dar la palabra es establecer el nivel en el que haya intercambio, diálogo; nivel que forzosamente significa por parte de quien así se disponga a escuchar, que haga su propia experiencia de la locura, porque no sería posible escuchar desde la razón como único criterio de verdad. Y, tener la palabra, por parte del loco significa tener el coraje de hacer valer su palabra, porque también es posible y no poco frecuente que la locura misma se acoja al gesto separador: un yo debilitado por el monto de angustia con que debe cargar, que pierde la percepción del adentro y el afuera, puede llegar a acoger —y hasta buscar— agradecido límites impuestos, físicos, que lo protejan de su propio desconcierto, en el encierro que lo excluye del que será un afuera, lo que quizá le ahorra algo, pero sin resolver nada del nudo de su angustia. Doble coraje, coraje de reconocer al otro, porque se pierde miedo a reconocer lo extraño como parte de sí mismo.

Y así como el psicoanálisis se abre como el terreno donde la locura puede desplegar su palabra, igualmente ha significado el reconocimiento del poder de la ilusión en la constitución de las posibilidades humanas tanto de creación como de vida. Pensemos tan sólo, como nos lo ha hecho saber el psicoanálisis, lo que sería una madre que, en pleno uso de sus facultades, muy puesta en razón, no tejiera el ilusorio lazo con que el niño se ata a la vida.

No basta encerrar la locura, como estorbo de la buena marcha del mundo, porque desde allí, con esa forma de su presencia ella nos vuelve los ojos hacia ese mundo que la produce, hace sentir su fuerza crítica, su involuntaria ironía, y aún si —como constata Erasmo— en su boca se perdona, se deja oír la verdad.

¿Sería preciso ahora concluir, cayendo en la tentación de hablar en imperativo —Hay que... es entonces necesario... debe hacerse...?

Sería tentador, sí; sin embargo tal vez sólo basta con haber vuelto a poner la locura como problema apremiante, con haber dañado la buena conciencia con que se hace la separación razón-locura, encontrando de un lado a Don Quijote de la Mancha en un continuo delirio que se choca contra el mundo y, del otro, a Alonso Quijano el Bueno, quien "verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo".

Quizá lo más sensato sea no desengañarse en el ensayo del coraje de abrirse a la posibilidad de hablar y de escuchar en más de un registro, sosteniendo el precioso hilo del diálogo, no olvidando ese mundo de ilusión, el de Rimbaud que es barco ebrio, entregado a inefables vientos que por instantes nos dan alas.

Junio, 1986.

la política y la iglesia en colombia 1850 - 1950

catalina reyes c.

La vinculación de la Iglesia colombiana a la política partidista, en concreto su alineamiento al lado del partido conservador, es un hecho que se remonta al siglo XIX. No menos real ha sido su injerencia en la política colombiana del siglo XX, aunque más desconocida e ingrata de recordar por lo reciente de los acontecimientos.

Se pretende aquí resaltar cómo los intentos del partido conservador por presentar los enfrentamientos con el liberalismo como un combate entre el bien y el mal, entre cristianismo y ateísmo, obedeció a una táctica política. Procedimiento que le permitió a este partido utilizar a la iglesia como aliada en sus luchas, y así ganarse algunos sectores de la población para engrosar su caudal electoral. Una y otra vez durante un siglo la táctica mostró ser eficaz. Esta forma de presentar la lucha política, condujo durante el período llamado de "la violencia" a una militancia de la mayoría del clero en este partido. Con el respaldo de la iglesia este enfrentamiento tomó visos de cruzada medieval, y contribuyó en gran medida a arrebatar la violencia que se extendió por todos los campos y ciudades de nuestro territorio.

LOS CONFLICTOS RELIGIOSOS EN EL SIGLO XIX

Esta táctica no fue nueva, ya desde mediados del siglo XIX la diferenciación entre liberales y conservadores se remitió a la actitud de ambos partidos frente a lo religioso. Este asunto cobró importancia como para desencadenar guerras civiles. El enfrentamiento se presentó como una lucha entre dos bandos irreconciliables, por un lado, los conservadores defensores de la religión católica, de la iglesia y de una educación confesional, y de otro lado, los liberales tildados de rojos, ateos y enemigos de la iglesia. El desarrollo histórico de esta contradicción durante un siglo, pone al descubierto que las divergencias ideológicas frente a lo religioso entre liberales y conservadores fue un asunto de matices; el aspecto principal de la contradicción fue para los conservadores el como aprovechar la gran influencia que la iglesia ejercía sobre amplios sectores de la población, y para los liberales neutralizar esta in-

La autora es profesora en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Seccional de Medellín.